

al poder al general desertor en 1848 frente al enemigo extranjero, el c'ero cómplice de aquella orgía administrativa, el clero, que había enviado sus eminencias al Palacio Nacional á rendir pleito homenaje á su Alteza, apenas fue éste arrojado de allí por la indignación nacional, lo desconoció y lo negó, siguiendo sin duda la tradición del primer Jefe de la Iglesia, renegando del maestro.

El viejo Dictador, fuerte con sus noventa mil soldados, creyendo tener á sus pies aherrrojada á la Nación, rompió todas las leyes para substituir las con su caprichosa voluntad; convirtió al país en un cuartel regido por la vara del cabo de escuadra, y cimentó como único programa administrativo el espionaje llevado hasta el hogar y acurrucado en el fondo del confesonario, para contentar la medrosa susceptibilidad del Dictador.

En aquella orgía gubernativa se vendió al fin por un puñado de oro la Mesilla para sostener un ejército tan numeroso y para saciar la nube de favoritos que devoraban los fondos públicos. El clero tomó su sitio en la sartanal, destacándose tan escandalosamente su inmoralidad y corrupción, que el viejo déspota se creyó obligado á iniciar reformas radicales en la Iglesia mexicana, sobre todo, en las comunidades religiosas, cuya desorganización alarmaba á la sociedad.

Pero la Nación se había puesto en pie contra la Dictadura, y el Plán de Ayutla, proclamado en las entonces heroicas montañas de Guerrero, incendió al país. Las tropas del Dictador retrocedieron hechas pedazos del Sur, y por todas partes ciudadanos obscuros, pero que habían de alcanzar más tarde un alto nombre, se alzaban en armas contra el despotismo conservador.

La Frontera, ese eterno baluarte de la libertad y de la independencia, se aprestó al combate en nombre de la democracia, y los hijos de Nuevo León, tan heroicos en la lucha contra el invasor norteamericano, fueron los más pronto en pronunciarse contra la Dictadura.

Don Santiago Vidaurri, que hacía catorce años desempeñaba la Secretaría de Gobierno de Nuevo León, gobernado entonces por el General Gerónimo Cardona, y que por su alto carácter pudo seguir desde sus primeras manifestaciones la evolución política que se iniciaba en la Nación, se resolvió á tomar parte en ella, quizá porque entonces eran sinceras y hasta exageradas sus convicciones democráticas.

Burlando al no muy inteligente Gobernador, se había constituido en jefe de la conspiración contra Santa-Anna, y en la noche del 11 de Mayo de 1855, salió de Monterrey con

cuantos con él se resolvieron á lanzarse á la revolución: entre aquellos patricios iban los estudiantes de Jurisprudencia.

Vidaurri activamente perseguido por Cardona, llegó á Lampazos, y allí se pronunció contra la Dictadura. Zuazua, el héroe desconocido de la guerra americana, tomó en el acto parte en aquel movimiento como segundo jefe de él, y obrando con rapidez y energía, marchó sobre Villaldama, aprehendió al Subprefecto y se apoderó de cuanto elemento militar tuvo á su alcance.

Apenas tuvo Juan Zuazua algunas fuerzas á sus órdenes, marchó violentamente sobre Monterrey: el 22 de Mayo atacó la ciudad, y el 23 la ocupó, después de un rudo combate. El general Cardona, refugiado en la casa del Vicecónsul español, por intervención de éste fué indultado por Vidaurri.

El Estado de Nuevo-León se adhirió al movimiento, á la vez que en Ciudad Victoria secundaba la revolución liberal el entonces capitán Ignacio Zaragoza, con los Jefes y oficiales nuevoleonenses que militaban en el Cuerno en que aquel fungía de Mayor.

En tanto que Juan Zuazua dirigía las operaciones militares, Vidaurri, con su claro talento y su larga práctica administrativa, organizó el Gobierno de Nuevo León y Coahuila, refundido en aquel; levantó las guardias cívicas, tan foguadas en la guerra contra los bárbaros. Con estos elementos, los dos jefes, el civil y el militar, marcharon sobre Camargo y Matamoros; ocuparon la primera de estas poblaciones y continuaron hasta Mier, donde se les unieron las fuerzas de Tamaulipas al mando del General Juan José de la Garza que fué declarado segundo Jefe del Ejército del Norte.

Este retrocedió hasta Monterrey para atacar el Saltillo, ocupado por los generales santanistas Francisco Gutiérrez y Valentín Cruz, con más de 1,200 hombres. Juan Zuazua, con el grado ya de coronel, dispuso y emprendió el ataque el 22 de Julio de 1855, tomando á las veinticuatro horas la plaza, y derrotando completamente á los dos generales más acreditados de Santa-Anna.

Por más que se nos estrecha el espacio, queremos recordar que, en el ataque del Saltillo, entre las fuerzas de los tres Departamentos hoy Estados, que tan rudamente combatieron, se distinguieron oficiales entonces subalternos cuyos nombres habían de resonar más tarde con brillo y gloria en los anales patrios: Aramberri, Escobedo el vencedor de Querétaro, Pedro Martínez el terror de las contra-guerrillas francesas, el valentísimo Sepúlveda y Zaragoza el héroe del 5 de Mayo.

Tornó Vidaurri á Monterrey á desempeñar el gobierno, en tanto que Zuazua marchó sobre el interior; hizo que secundaran la revolución el Cedral, Matehuala y Catorce, dirigiéndose á San Luis, donde estaban con sus fuerzas los generales Antonio Haro y Anastasio Parrodi.

Pero había llegado antes frente á aquella plaza Juan José de la Garza, quien celebró con Haro un convenio, por el cual ambos jefes se comprometían á realizar la unión de todos los caudillos de la revolución, para que acordasen los medios de restablecer la paz, y organizaran un gobierno provisional.

Este pacto, que falseaba el plan de Ayutla, no fué aprobado por Zuazua ni por Vidaurri. Al punto salió Parrodi de San Luis con cinco mil hombres de las tres armas sobre Zuazua. Entonces alcanzó el héroe nuevoleonés uno de los triunfos más espléndidos que se registran en nuestra historia militar. Juan Zuazua tenía sólo ochocientos soldados de caballería; sin embargo, con tan reducida fuerza y doscientos hombres del comandante Zayas, que se le unió, sustrayéndose del mando de Garza, tomó posesiones en Morterillos.

El 12 de Agosto llegó con su división Parrodi, y tres veces atacó con energía y tenacidad la posición de Zuazua, siendo rechazado con tales pérdidas, que durante la noche se replegó á la Villa de Moctezuma. Zuazua hasta allí lo persiguió, lo obligó á encerrarse en el pueblo, dejó á Escobedo tiroteándolo con 200 rifles, y con su rapidez habitual se lanzó sobre San Luis, atacó la ciudad al siguiente día, y haciendo capitular la guarnición que allí había, ocupó la plaza el 27 de Septiembre. Aquel triunfo increíble, obtenido sobre fuerzas disciplinadas, levantó muy alto el prestigio del héroe, quien tornó á Monterrey, donde fué recibido con indecible entusiasmo. Era que Zuazua encarnaba el valor de los "blusas rojas" que fueron desde allí el terror de los reaccionarios.

\*\*

La revolución había derrocado ya al Dictador, y el 13 de Agosto de 1855 la capital se pronunció por el plan de Ayutla, proclamado por masas numerosas del pueblo que desafiaron á la guarnición, cuando Santa-Anna se alejaba ya, abandonando como siempre á sus partidarios y á sus soldados.

Imposible nos sería hacer siquiera una reseña de las últimas intrigas del clero y de los conservadores, del viejo ejército y de los ambiciosos del nuevo para escamotear el triunfo á la revolución, contando con más de cincuenta mil soldados que ocupaban muchos

departamentos. Nos restringimos, por tanto, á consignar que el partido liberal se impuso sobre tanta miseria, y fuerte con la opinión y con el pueblo y las clases ilustradas que odiaban y despreciaban la Dictadura y á sus cómplices: y sólo quedaron en pie el plan de Ayutla y el poder público que emanó de la revolución, inaugurándose en Cuernavaca el 4 de Octubre de 1855, y teniendo por jefe al General Alvarez, electo Presidente.

Pero ya se delineaba perfectamente en el partido liberal la división entre dos partidos más, el puro y radical que aspiraba á la inmediata aplicación de los principios democráticos en toda su verdad y la reforma tan amplia como la pedía la iniciada evolución social; y el partido moderado que, ya por respeto á las tradiciones religiosas, ya por miedo á la omnipotencia del clero, creía que no era tiempo aún de hacer la reforma, por no ser todavía el Estado más fuerte que la Iglesia.

El partido radical, poco numeroso entonces, desconfiaba de Comonfort, sucesor de Alvarez en la Presidencia, y se puso en contacto con Vidaurri, quien por su actitud enérgica por los brillantes triunfos obtenidos por sus fuerzas, y por la exaltación con que expresaba sus ideas tan avanzadas, se había hecho notable.

Vidaurri, además, desde el principio de la lucha intentó independerse de los pro-hombres de Ayutla, é instados los poderes emanados de la revolución, usurpó las atribuciones de la Federación y aun pretendía imponer un programa de gobierno en el país.

Pero la causa determinante del rompimiento entre el gobierno de México y Vidaurri fué el empeño de éste en anexar Coahuila á Nuevo León, según lo decretó el 19 de Febrero de 1856. Esto motivó en el centro alarmas y sobresalto, acusando al jefe de una ambición desmedida, que importaba un peligro para la paz pública.

Es que Vidaurri se sentía fuerte con sus valentísimos fronterizos, mandados por Zuazua, y entre los que había Jefes como Zayas y Zaragoza. Y al verse combatido por los moderados y calumniado por los conservadores que lo acusaban de tener ligas con los norteamericanos para separarse de México y formar la República de Sierra Madre, se alzaba su carácter levantisco, justamente engreído con sus victorias contra los santanistas y el triunfo tan completo que tuvo contra los filibusteros en Río Escondido. El Presidente Comonfort desaprobó la anexión de los dos Estados.

Este incidente, llevado al seno del Congreso, hizo que la Comisión de Constitución de-



volviera al Gobierno los documentos relativos á la insurrección de Vidaurri, para que aquel obrara conforme á sus facultades. El Presidente dió entonces su decreto de 15 de Abril de 56, declarando insubsistente el de Vidaurri. Este, á su vez, se dirigió al Congreso, donde creía encontrar algún apoyo contra Comonfort. La Comisión á cuyo estudio se encomendó tan grave asunto, presentó en efecto, un dictamen favorable á Vidaurri, sosteniendo que con la revolución los pueblos volvían á su estado natural y que, en tal virtud, roto el pacto federativo, Coahuila y Nuevo León podían anexarse. Verdad es que la Comisión ratificaba el acto del Gobierno por el que anulaba el decreto de Vidaurri; pero quería que se consultase la voluntad de los pueblos de Coahuila, lo que daría por resultado que subsistiese lo hecho por el jefe fronterizo, vista su omnipotente influencia en toda la frontera. Por último, pedía la Comisión que se nombrasen comisionados que presidiesen las juntas populares.

Este dictamen provocó una tempestad en el Parlamento, al combatirle con rudeza D. Juan Antonio de la Fuente, tanto por los principios anunciados por la Comisión, cuanto por la actitud de Vidaurri, cuyos atentados denunció al Congreso. Ramirez entonces defendió el dictamen con el punzante sarcasmo de su oratoria, burlándose de la doctrina de Hobbes que invocaba el Ministerio, atacando con valor al Gobierno moderado, y diciendo, al defender á Vidaurri, que si se desarmaba á éste, el Congreso quedaría desar-

Aquel notable discurso fué una revelación de la verdadera situación política, y más aún, una profecía para lo porvenir, augurando el golpe de Estado y el triunfo ulterior de la Reforma.

A pesar de haberse prolongado hasta el día siguiente el debate, el dictamen fué reprobado, arrastrada sin duda la mayoría por el brillante discurso del Ministro D. Ezequiel Montes, que hizo una perfecta defensa del Gobierno.

Vidaurri, más altivo entonces, sintiéndose casi jefe de un partido audaz, condenó abiertamente el Estatuto orgánico promulgado por Lafregua, se negó á reconocer al nombrado gobernador de Coahuila, propuso á éste y á otros gobernadores una coalición armada contra el gobierno general, enviando con tal fin agentes por todas partes.

El Presidente Comonfort, resuelto á sofocar aquella nueva insurrección, insistió en que Vidaurri entregase el gobierno de Coahuila á D. Santiago Rodríguez; aquel, entonces, publicó una proclama el 12 de Julio de 1856 con-

tra el gobierno general y el Estatuto, declarando que los dos Estados anexos reasumían su soberanía.

Destituido entonces por el Sr. Comonfort, que nombró gobernador de Nuevo León á D. José de Jesús Dávila y Prieto, Vidaurri se negó á entregar el mando, y forjó en su Estado una elección ó plebiscito, en el cual fué electo gobernador el 15 de Agosto, tomando posesión del puesto con solemnidad, mientras se enarbólaban en palacio una bandera roja, donde estaba inscrito su nombre, y el pueblo lo aclamaba con entusiasmo.

Hasta osó ordenar á los Diputados al Congreso Constituyente por Nuevo León y Coahuila que abandonasen sus curules; más tarde les permitió quedarse en sus puestos.

Agotada la cuestión en la esfera gubernativa, y no habiendo encontrado solución allí, tenía que concluirse con las armas. Vidaurri llamó á los fronterizos, retraídos en sus hogares después del triunfo de Ayutla, é hizo volver al servicio á Zuazua, retirado á la vida privada, encomendándole el mando de las fuerzas levantadas para rechazar la próxima invasión. Y los fronterizos tomaron la iniciativa, ocupando el Saltillo é invadiendo á Durango; pero pronto abandonaron aquella ciudad y las tropas que estaban en Cuernavaca, fueron atacadas, muriendo en el combate D. Jesús López Portillo.

Pero el segundo pronunciamiento de Puebla, capitaneado por Orihuela, borró las divisiones del partido liberal en el seno del Congreso. Este armó al Presidente interino con facultades extraordinarias y nombró una Comisión de su seno, compuesta de los Diputados Ocampo, Arteaga y Gómez, para que arreglaran las diferencias suscitadas en la Frontera; pero sus gestiones no dieron resultado alguno.

Entonces el Sr. Comonfort movió fuerzas para batir á Vidaurri, ordenando á Garza que marchase sobre Monterrey, á la vez que el general Rosas Landa salía de San Luis Potosí, para el Saltillo. Esta agresión fué la voz de alarma en la Frontera, y todos acudieron en defensa de su territorio.

Zuazua, que mandaba en Jefe á los fronterizos, situó en Villagrán una brigada á las órdenes de los coroneles Zayas y Zaragoza, y él, junto con Vidaurri, se dirigió con sus tropas á Mier; las del gobierno general se retiraron de aquel lugar para Camargo, donde los derrotó Zuazua. Zaragoza en Santa Engracia desbarató también otra partida.

Pero al avanzar las tropas federales Zua-

zua hizo movimientos concéntricos, y ordenó á Zaragoza que se retirase á la vista del enemigo, lo que efectuó éste batiéndose día á día con él hasta Monterrey; y también comprendió á Zayas sobre Camargo para detener al general Guadalupe Garcia. De este último punto Zuazua debía reforzar á Zaragoza, yendo á defender la capital del Estado amenazada por Garza.

Este último general, molestado en todo su tránsito por Quiroga, llegó á Monterrey después de derrotar á Escobedo, que con una pequeña fuerza estaba de avanzada, y quien se pudo abrigar en la plaza. Garza intimó rendición á Zaragoza que con 400 hombres se había hecho fuerte en la Ciudadela, reforzada por gente del pueblo y estudiantes que voluntariamente se le presentaron.

A la imperiosa y amenazante intimación de Garza, Zaragoza contestó con heroico valor:—“Desde luego puede usted comenzar sus operaciones militares.”

En la relación de estos hechos seguimos casi literalmente al muy entendido biógrafo del general Zuazua, al escritor nuevo-leonés Sr. Dávila, porque su relato está estrictamente calado con la verdad de los hechos, y á la vez servirá este trabajo de rectificación á los errores en que inconscientemente incurrió el Sr. Vigil, en su laboriosa historia de la Reforma, que se ve en “México á través de los siglos.”

El Sr. Vigil trabajó su admirable obra, porque no pudo hacer más, con los documentos oficiales de la época y éstos no son exactos, porque en ellos se esconde la derrota de las tropas del gobierno, haciendo aparecer vencidos á los fronterizos. Los resultados, como vamos á ver, demuestran lo contrario. Continuemos nuestro trabajo.

El general Garza, cuyas fuerzas eran muy superiores á las de Zaragoza, rompió en el acto sus fuegos sobre la Ciudadela, intentando varios asaltos inútiles: todos fueron rechazados por los soldados de Zaragoza, corriendo la sangre á torrentes. Por muchos días se prolongaron los ataques cada vez más reñidos, hasta que el 3 de Noviembre llegó Zuazua, cargó impetuosamente con sus rifles y derrotó completamente á las tropas federales, haciendo muchos prisioneros y entre ellos jefes de alta graduación y oficiales. Garza, con los restos, se retiró al Saltillo.

Vidaurri propuso entonces á Rosas Landa entrar en arreglos; pero no pudiendo convenirse en las bases, el general del Gobierno avanzó sobre Monterrey; mas Zuazua le salió al encuentro, avistándose en la Cuesta de los Muertos con la división de Rosas Landa, fuerte en

5,600 hombres, por habérseles incorporado la brigada de Echagaray y las tropas de Zacatecas.

Al irse á dar la batalla, que hubiera sido sangrientísima, y cuyo éxito era dudoso, tanto los jefes fronterizos como los federales sintieron honda y justa repugnancia por aquella guerra incalificable, en la que no se disputaban principios y luchaban patricios meritorios que antes unidos habían luchado por la libertad.

Inspirados en sentimientos verdaderamente patrióticos, los jefes de las fuerzas beligerantes resolvieron terminar la contienda con un arreglo, que en efecto se consumó, por medio del convenio que llevó el nombre de la “Cuesta de los Muertos” con el cual terminó la guerra civil de la frontera.

El General Rosas Landa dió parte entonces al gobierno de Comonfort de aquel convenio, que modestamente llamó el jefe federal la sumisión de Vidaurri y de los fronterizos. Pero para estimarse lo que valía tal sumisión no hay más que recorrer las bases estipuladas en la Cuesta de los Muertos. En ese convenio, como en otros que en su larga carrera militar firmó aquel general, todas las ventajas eran, no para el supuesto vencedor, sino para el vencido; hasta la gloria.

Verdad es que los fronterizos, según el convenio, reconocían al Supremo Gobierno, y que las fuerzas de Vidaurri se retiraban á sus hogares; pero subsistía la anexión de Coahuila á Nuevo León, hasta que se efectuara un plebiscito para deslindar las dos soberanías; el Gobierno General se obligaba á pagar mensualmente un subsidio á la frontera, y quedaba encargado del gobierno de aquellos Estados un consejero de Vidaurri, mientras se hacían elecciones locales. Por último, y para mayor gloria del general Rosas Landa, éste no podía avanzar con sus fuerzas hasta Monterrey, porque de la manera más cortés Vidaurri lo obligó á retroceder.

Vidaurri volvió como un conquistador á la capital del Estado, siendo recibido en ella con una ovación tan espléndida como espontánea por las autoridades, el pueblo, el comercio, y por el clero mismo; todos lo aclamaban, y con razón, como el salvador del honor y los fueros de la frontera.

La estrechez de nuestras columnas nos estorba hacer una recordación de la cruenta y odiosa guerra civil que en aquella época sostuvo el clero en toda la República, y en la que los reaccionarios extremaron su crueldad asesinando, robando y plagiando.



Con pena ponemos, pues, un paréntesis en la historia de aquellos días para llegar al infausto en que Comonfort, en un momento de insentatez rompió sus títulos de Presidente constitucional de la República, dando un audaz golpe de Estado, y, al verse abandonado de sus cómplices, entregó la capital á la reacción, por todas partes vencida.

Inútil es referir aquellos episodios que nadie ignora, y que tuvieron lugar desde el 17 de Diciembre de 1857, día en que se pronunció Zulusga en Tacubaya, hasta la entrada de éste á la Presidencia y la instalación del gobierno legítimo del Sr. Juárez en Veracruz.

Entonces la reacción imperó por todo el suelo mexicano y también se levantaban en todas partes fuerzas constitucionalistas que, sin armas casi y sin elementos de guerra, siempre eran derrotadas, pero que siempre se hacían para tornar á la lucha.

Contaba la reacción un jefe notable por su valor y su pericia, en tanto que los caudillos de la libertad, novicios en el arte de la guerra salidos del taller y del bufete, tuvieron que tomar todo del enemigo: lecciones de táctica y elementos de guerra, de que carecían. En sus derrotas, aprendieron á triunfar los héroes de la Reforma.

Pero de los jefes de la reacción clerical, era el de más renombre y prestigio, por su valor y su audacia, Miguel Miramón, que por donde quiera que llevaba sus huestes alcanzaba victorias. Por eso la confianza que este general tenía en su génio y en su insolente fortuna, le hacía despreciar á los contrarios.

Preocupábale sólo el ejército del Norte, que hasta entonces había triunfado, y que rápidamente se había reorganizado para combatir la reacción.

En Febrero de 1858 Vidaurri movió el ejército desde Nuevo León y Coahuila sobre San Luis, á las órdenes de Zuazua, marchando á la vanguardia Escobedo, el vencedor después de Querétaro, quien derrotó completamente en la hacienda de Solís al jefe reaccionario Valentín Cruz, que lo atacó con triple número de fuerzas.

Los clericales de San Luis, aterrados por la aproximación de los fronterizos, llamaron á Miramón en su auxilio, quien se desprendió violentamente de Guadalajara, llegó á Zacatecas y salió de allí con tres mil hombres y doce piezas. Zuazua situó entonces su cuartel general en el Venado, en observación del rumbo que tomara Miramón, para salir á su encuentro, y quien el 14 de Abril acampó en Salinas, el 15 llegó al Espíritu Santo y el 17 continuó su marcha, pronto á entrar en

combate, pues sabía que tenía muy próximo al ejército del Norte.

Al saber Zuazua, por Aramberri, dice uno de sus mejores biógrafos, que Miramón tomaba el camino de San Luis dejó al ilustre caudillo nuevo-leonés coronel Ignacio Zaragoza, en observación de la plaza de San Luis con las infanterías y la artillería, para evitar una salida de los reaccionarios, y á las cinco de la tarde del día 16 de Abril marchó Zuazua violentamente á la Villa de la Hedionda; dió allí un poco de descanso á sus fuerzas, y á las 8 de la noche, al frente de mil cien rifleros de caballería, se desprendió al encuentro de Miramón; á marchas forzadas y recorriendo 25 leguas, el día 17 tomó posiciones en Puerto de Carretas, por donde forzosamente tenían que pasar los reaccionarios.

Miramón, que había recogido cuanto tropa encontró á su paso, se presentó con cuatro mil hombres de las tres armas, y después de reconocer el punto tan estratégico ocupado por Zuazua, lanzó sus columnas con el arrojo y decisión que le eran habituales.

Pero tenía enfrente un enemigo digno que aunque en dos terceras partes era inferior en número, se batió con heroísmo, y rechazó al enemigo tantas veces cuantas emprendió desalojar á los fronterizos de sus posiciones.

Siete horas duró el combate, el cual terminó por la retirada de los miserables restos de la división de Miramón, consistentes en 400 caballos, 200 infantes y la artillería. El jefe reaccionario, en su huida, no pudo recoger ni sus heridos y dejó á éstos tirados en el campo, que quedó regado de muertos, parque, equipajes y armas, que arrojaban los soldados al dispersarse.

Miramón se abrigó violentamente en San Luis, en tanto que Zuazua, sin preocuparse del vencido, marchó á atacar á Zacatecas. El patricio nuevoleonés había desflorado con su espada la reputación de invencible que gozaba el jefe predilecto del clero.

Miramón no podía quebrantar el sistema invariable de los conservadores de ocultar sus derrotas simulando victorias y dió un parte pomposo á Zuloaga, comunicándole la completa derrota de Zuazua en Carretas, y la completa destrucción del ejército del Norte.

Grande fué, pues, la sorpresa de la capital cuando, diez días después, llegó allí la noticia de haber ocupado Zuazua á viva fuerza á Zacatecas.

En efecto, el 27 de Abril, á las diez de la mañana comenzó el general fronterizo su ataque á la ciudad, concentrándolo, sobre todo,

en las posiciones fuertísimas del Cerro de la Bufa, que dominaba la ciudad entera.

La guarnición, á las órdenes de Manero, era numerosa y disciplinada y recibió á los asaltantes con un fuego vivísimo. Y éste continuó durante todo el día, hasta que al anochecer, deseando Zuazua violentar el éxito, cargó sobre la Bufa al coronel Pedro Hinojosa, con el batallón de la Unión que mandaba. A las ocho de la noche se tomó la posición quedando prisionero el General en jefe; y tras una victoria completa, Zuazua ocupó la plaza, haciendo prisioneros sesenta jefes y oficiales y cuatrocientos hombres de tropa, pues el resto se había dispersado.

Zuazua, que comprendía bien las necesidades de la guerra y la exigencia pública de extinguir á los eternos traidores del orden destruyó de Zacatecas al Obispo Vera, expulsado antes de Monterrey; y, aplicando la ley de conspiradores á Manero y á cuatro más de los principales jefes, los mandó pasar por las armas. Aterrado Zuloaga por aquella derrota, y temiendo que sufriera San Luis una suerte igual, mandó á que reforzara esta plaza á Osollo, jefe más reputado que Miramón, con 500 caballos de auxilio. Pero todo fué inútil, el general Osollo murió de tifo, y doce días después, San Luis fué tomado por Zuazua. Rápidas y audaces fueron las operaciones del ejército del Norte. El general Francisco Sánchez mandaba en jefe en San Luis desde que Miramón, después de dejar la plaza en buen estado de defensa había partido para Guadalajara amenazada también por los constitucionalistas, á las órdenes de Degollado. El 29 de Junio de 1858 inmovilizó el general Zuazua á Sánchez; y no sometiendo éste, al siguiente día á las 9 de la mañana comenzó el ataque; á las cuatro de la tarde se tomó la plaza quedando prisionero el general Lama, diez y seis jefes y oficiales y la tropa que no se dispersó.

Allí conquistó el ejército del Norte un nombre que no perdió jamás; uno muy alto su heroico caudillo el general Juan Zuazua.

\*\*

En la mitad del año de 59 estaba en todo su auge el partido reaccionario, y la fortuna le sonreía prodigándole triunfos, especialmente á Miramón, que arrollaba por donde quiera á los constitucionalistas; solo la Frontera imponía al jefe tacubayista y para atacar á los blusas que sembraban el terror por donde aparecían, reunió todos sus elementos, las fogueadas y disciplinadas divisiones de Márquez y de Mejía, y partiendo con

el poderoso ejército, marchó sobre San Luis que ocupó el 12 de Septiembre, por haberlo evacuado Vidaurri.

Este engreído con los triunfos antes alcanzados, y sin comprender que los debía á Zuazua y á los valentísimos jefes que militaban á sus órdenes, tal vez celoso de la gloria de que éstos se habían cubierto, tomó el mando en jefe del ejército del Norte, y postergando torpemente á Zuazua y á sus compañeros, nombró su segundo en jefe á un extranjero, á Eduardo Enrique Jordán. Y así desorganizadas aquellas tropas, careciendo éstas de sus jefes con quienes siempre habían vencido, se situó Vidaurri en Aqualulco, donde el 29 del mismo mes fué completamente derrotado por Miramón, logrando apenas escaparse con algunos hombres hasta Monterrey.

Zuazua, sereno ante el desastre, logró salvar los restos del ejército, y llegar con ellos á Zacatecas, donde reorganizó sus fuerzas reforzándolas con varios cuerpos de este Estado, con las de Aguascalientes y las guardias nacionales de San Luis.

El Sr. Juárez, que había seguido con interés los diferentes aspectos de la campaña en el interior del país y en el Norte, creyó que era tiempo de dar unidad y dirección á tanta fuerza que operaba sin plan fijo y sin concierto. Y en tal virtud nombró general en jefe del ejército constitucional al Sr. Degollado, cuyo patriotismo llegaba á lo heroico, pero cuya fortuna era infuista.

Con una fuerte división llegó Degollado, á ponerse al frente de todas las tropas; pero Vidaurri, que en un altivez á nadie querría someterse, desazonó al enviado del gobierno constitucional, y ordenó á Zuazua que desobedeciera la orden y se retirase á Nuevo León.

Este imprudente paso de Vidaurri clasificable como un delito contra la Nación, por significar una escisión entre las tropas de aquella, originó una profunda división en el ejército del Norte. Los gobernadores de Zacatecas y Aguascalientes sustrajeron sus fuerzas del mando de Zuazua, Quiroga se retiró con las suyas y el general Garza con las de Tamalipas reconoció como general en jefe á Degollado. Creó esta situación el empeño de Zuazua en cumplimentar las órdenes de Vidaurri, á quien profesaba una amistad incondicional, y quien ejercía sobre el héroe fronterizo una gestión absoluta. Preparábase el general Zuazua á retirarse para Nuevo León cuando los beneméritos jefes que militaban á sus órdenes, resueltamente se opusieron á aquella marcha que importaría la pérdida tal vez de la causa constitucionalista. Zaragoza, Aramberri, Escobedo y todos los jefes y oficiales de